83.

D. 15.

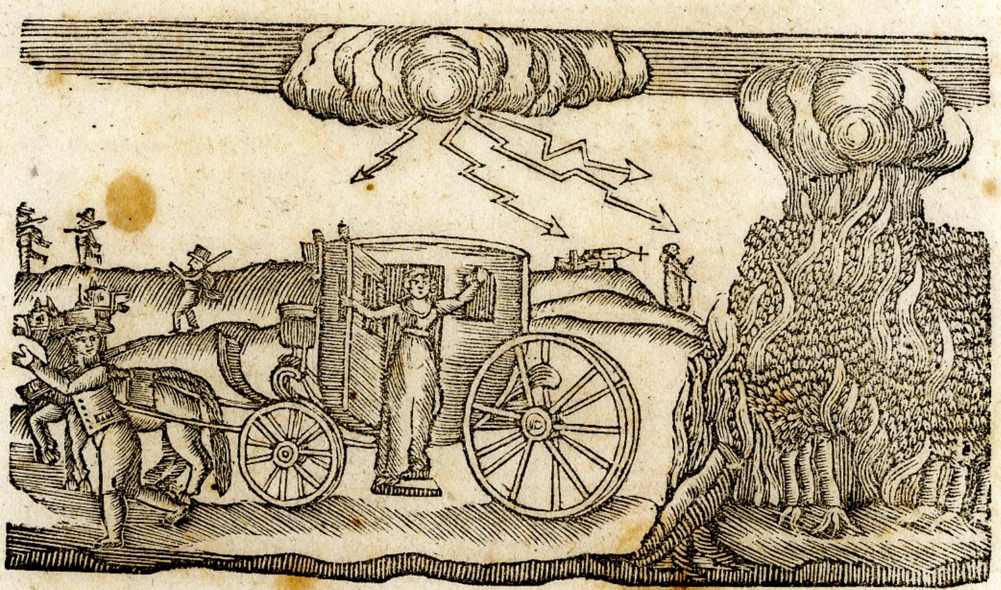
ROMANCE

DEL ROBO

DE LA

VIRTUOSA DOROTEA.

Por D. M. A I.



CON LICENCIA:

Barcelona: En la Imprenta de Ignacio Estivill, calle de la Boria.

Rom. T

A las orillas del Tajo
está la insigne Toledo,
ciudad siempre muy famosa
en ilustres Caballeros.

Y entre todos los varones
que fama mejor le dieron,
el que mas brilló tal vez
fué Don Diego de Acebedo.

Este tenia una hermana
de primores tan completos,
que el mismo sol á su lado
tal vez pareciera feo.

Vivian los dos hermanos
á sus padres muy sujetos,
y la paz y la ventura
moraban en aquel techo.

Mas los bienes de este mundo
son muy poco duraderos,
pues á la dicha mas grande
le sucede el contratiempo.

Cierto dia del otoño
al campo juntos salieron
Dorotea con su hermano
su padre, madre y abuelo.

Fuéronse á una hermosa quinta
unas cuatro leguas lejos
que era herencia de la Casa
desde larguísimo tiempo.

Allí pasaron dos dias,
cuando llegando el tercero,
ladrones la quinta asaltan
llevados de oro al cebo.

Apenas oscurecía,
cuando unos doce encubiertos
armados de todas armas
se presentan allá dentro.

Don Diego no está en casa,
ni su padre, ni su abuelo,
que á las orillas del Tajo
fueron á dar un paseo

Sino Dorotea sola,
con dos labradores viejos,
y su Madre, que eran todos
gente de muy poco esfuerzo.

Fuera vano el resistir
contra tantos vandoleros,
y asi dejaron robar
todo aquello que quisieron.

Por la vida les rogaron
con muy eficaz esfuerzo,
diciéndoles que llevasen
cuanto les diese contento.

Ellos viendo aquella jóven,
que era de gracias portento,
á la cueva de su abrigo
llevársela resolvieron.

Ella que tal nueva escucha,
morir prefiere primero
que ser presa de unos monstruos
tan viles y tan perversos.

Pero ellos inexorables
y sordos á sus lamentos,
quieren de ella apoderarse
como lobos carniceros.

Aquí era de ver el llanto
y el general desconsuelo
de la madre y de la hija,
y de aquellos pobres viejos.

Matadnos antes decian
á una voz todos de acuerdo,
y llenando el aire de ayes
que á un risco pusieran tierno.

Entónces el Capitan
impone á todos silencio,
y del brazo á Dorotea
coge atrevido y resuelto.

La muchacha decidida
se suelta con noble esfuerzo,
é iba á echarse de un balcon,
á no impedírselo ellos.

Col. Compl

Pero viendo el Capitan
que los gritos y lamentos,
podian ser escuchados,
y ellos quedar descubiertos;
Hace una seña al instante
á todos sus vandoleros,
y estos cual lobos feroces
dan á todos muerte luego.
Solo á Dorotea viva
dejan, quien viendo el suceso,
perdida y desconsolada
se arrancaba los cabellos.
Doce puñales levantan
para imponerle silencio;
mas ya la muerte no asusta
su determinado pecho.
Antes viendo que arrojados
cargar con ella han resuelto
y de su vil apetito,
hacerla fatal objeto.
Del corazon de su madre
arranca el puñal sangriento,
y con heróica osadía
resuelve pasarse el pecho.
„Antes que sér de vosotros,
y daros tan vil consuelo,
matarme quiero, les dice,
y caer á los pies vuestros.
Que mas quiero que mi padre
sepa que con honra he muerto,
que no que vivo sin honra
teniendo un ladron por dueño.«
Iba á herirse; pero el alma
rindiendo entonces su esfuerzo,
á un desmayo la abandona,
y cae tendida al suelo.
Al ver esto los malvados
resuelven no perder tiempo,
y en un coche de la casa
la meten y escapan presto.
Apartados del camino,
ocultas sendas siguiendo,
se dirigen à unos montes
guarida de sus excesos.
No tardó la desmayada
á volver en su acuerdo,
que el gran meneo del coche
dió á su sangre movimiento.
Quien podrá ahora figurarse
cual seria el desconsuelo
de aquella infeliz señora,
mirándose en aquel puesto
Una oveja que del lobo
se vé en los dientes sangrientos,
no bala con mas temblor
que Dorotea está haciendo.
Los cuatro que la acompañan
de su congoja riendo,
contándola ya por suya,
le dan burlas por consuelo.
Dicenle que no esté triste,
pues va á ser en breve tiempo
de muchos hombres querida,
y del gefe lo primero.
Hácenle una airoz pintura
de sus placeres horrendos,
con cosas que no permite
la decencia que contemos.
Ella á todo esto responde
con mil ayes lastimeros,
pidiendo socorro á Dios
en conflicto tan tremendo.
En esto empieza á soplar
tan embravecido viento,
que los árboles frondosos
arranca y derriba al suelo.
Rayos las nubes disparan
tan horrísonos y espesos,
que parece el aire todo
como una region de fuego.

Col. Compte

Dá uno de ellos en un arbol
que encendiéndose al momento,
llena de llamas el aire,
y comunica el incendio.
Aturdidos los ladrones
lo atribuyan á portento,
y á la fuga se abandonan
llenos de asombro y de miedo.
No se acuerdan del botin,
y de Dorotea menos;
que los que en el coche estaban
son en huir los primeros.
Dorotea abandonada
la vista fija en el Cielo,
y á la vírgen Soberana
acude en tan gran aprieto.
„Madre del verbo divino,
si á mis prèces excediendo,
de esos mónstruos me librasteis,
salvádme de aqueste incendio.
Sacàdme de aqueste bosque,
y guiad mis pies inciertos
à parage donde pueda
volver al hogar paterno.»
Apenas esto decia,
cuando con ruido horrendo
no lejos de donde estaba
cayó un edificio al suelo.
Á aquel imprevisto golpe
tan estraño como nuevo,
segunda vez Dorotea
cede á un desmayo violento.
El edificio caído
con tan asombroso estruendo
era una hermita que habia
en medio de aquel desierto.
Un anciano la habitaba,
el cual estaba durmiendo,
y despertó al gran ruido
de pabor y susto lleno.
No recibió daño alguno,
pues así lo quiso el Cielo;
pero el terror y el asombro
su pecho todo cubrieron.
Quiere del bosque escaparse
viendo horrible aquel incendio,
y al huir desconcertado,
halla un bulto, y da en el suelo.
Lo que le hace tropezar
es de Dorotea el cuerpo
quien al sentir aquel golpe
vuelve al instante en su acuerdo.
Asustado se lebanta,
y ella con aquel encuentro
queda tambien asustada,
y ambos se miran atentos.
El asombro de los dos
estremado fué en efecto,
pues solo muy raros lances
juntarles allí pudieron.
"¿Quien eres, muger? le dice:
el hermitaño suspenso,
que á este sitio y á estàs horas
tan sin pensarlo te encuentro?"
Yo soy una desgraciada
que unos ladrones trajeron
desde su casa á estos bosques
con los mas viles intentos.
Pero vos tambien decidme,
como os hallo en este puesto,
y quien sois porque me miro
sobrecogida del miedo.
Entónces el hermitaño
quien era le fué diciendo,
y como allí retirado
de todo mundano encuentro.
Hace años que vivia,
yerbas tan solo comiendo
con algunas limosnitas
que recogia en los pueblos.

Del buen anciano guiada
salieron del bosque presto
por parte donde las llamas
dejaban el paso abierto.
A una llanura llegaron,
donde un camino cogiendo,
de una iglesia muy antigua,
á las ruinas se acogieron.
Allí se sentaron ambos,
y Dorotea, cediendo
del anciano á las instancias,
le contó todo el suceso.
Oída la relacion,
aquel virtuoso viejo
con palabras celestiales
dió á Dorotea consuelo.
Haciéndole ver que Dios
por sus ocultos misterios
muchas desgracias permite,
pero al fin nos da el remedio.
Por la asesinada Madre
rezan muchos Padres nuestros,
y por los dos labradores
que con ella fueron muertos.
Así la noche pasaron,
hasta que fué amaneciendo,
siguiendo á la tempestad
un dia claro y sereno.
El anciano que sabia
de aquel pais los senderos,
á la infeliz Dorotea
guiaba al lugar paterno.
Cuando en la cima de un monte
lusir ven muchos aceros,
tras un coche que venia
con gran presteza hàcia ellos.
Tropa era del Rey de España
que acompañaba á Don Diego,
en busca de los malvados
que tales dáños hicieron.
Dió un latído el corazon
de Dorotea al momento,
y la causa sospechando,
señas hizo desde lejos.
Los caballos alentados
bajan al llano corriendo,
y al ver á su pobre hermana,
salta del coche Don Diego.
En lágrimas anegados
se dan abrazos estrechos,
desahogando el corazon
fraternales sentimientos.
Cuéntanse los pormenores
de tan trágico suceso,
el incendio de aquel bosque,
y del anciano el encuentro.
La pureza de su honor
atribuyese á portento
que obró la Vírgen María,
de Dorotea á los ruegos.
Don Diego cuenta tambien
como á la Quinta volviendo,
aquel estrago encontraron,
hallándolo todo abierto.
Que viendo que ella faltaba,
sospecharon al momento
que se la habian llevado
aquellos mónstruos perversos:
Que hallando á menos el coche,
seguir el carril quisieron,
con ayuda de una tropa
que venia de Toledo.
Escuchaba el hermitaño
todo aquel razonamiento
con atencion increible,
mirando siempre à Don Diego.
Este que lo reparaba,
la causa le pide de ello,
y el anciano proseguía
mirándole mas atento.

Si el corazon no me engaña,
Don Diego eres de Acebedo,
y tu asesinada madre
Doña Inés de Parayuelos.
El mismo soy, le responde,
y entónces llorando el viejo,
dijo: triste hermana mia,
téngate en su gloria el Cielo!
¿Que es lo que decis buen hombre?
esclaman ambos suspensos
¿Vuestra hermana nuestra madre?
Pues como puede ser esto?
Sobrinos del alma mia,
no dudeis lo que os refiero;
y tú Dorotea, abraza
á tu Padrino don Pedro.
Yo soy aquel infeliz,
que en mi juventud siguiendo
el camino de los vicios,
estuve en Segovia preso.
Soy el que pasó despues
á la América resuelto,
donde casé y enviudé,
y volví al pais paterno.
En las aguas de Almería,
y no muy lejos del puerto,
se levantó una borrasca
y el barco fué á pigue luego.
Viéndome yo allí perdido,
y nadar aun no sabiendo,
ofrecí hacerme hermitaño
si llegaba á salvamento.
Agarrado de una tabla,
anduve á merced del viento,
y las olas impetuosas
á la orilla me trajeron.
Desde aquel instante mismo
resolví dar cumplimiento,
sin dar aviso á ninguno,
al voto que habia hecho.
Internéme hàcia Castilla,
y en aquestos bosques viendo
esta hermita inhabitada
la escogí para mi luego.
Aqui he vivido hasta ahora.
pero ya que el justo Cielo
à vuestros brazos me trae
porque os sirva de consuelo.
Quiero á casa acompañaros:
y así abrazádme de nuevo,
y sin tardar un instante
á vuestra casa marchémos.
Así lo hicieron al punto,
y la tropa fué siguiendo
en busca de los malvados,
y su cueva descubrieron.
Estos en breve pagaron
de sus delitos horrendos
el castigo en un cadalso
muy bien merecido de ellos.
Dorotea con su hermano,
y su buen tio siguieron
hasta llegar á la quinta,
donde todos se reunieron.
Al desconsolado viudo
éste acaso dió consuelo,
y despues de mil abrazos
y contarse sus sucesos.
Dieron á los tres difuntos
sepultura allí en Toledo
con un inmenso concurso,
pues acudió todo el pueblo.
Aquí se acaba la historia
de Dorotea Acebedo:
déle Dios suerte mejor,
y á todos despues el Cielo.

FIN.